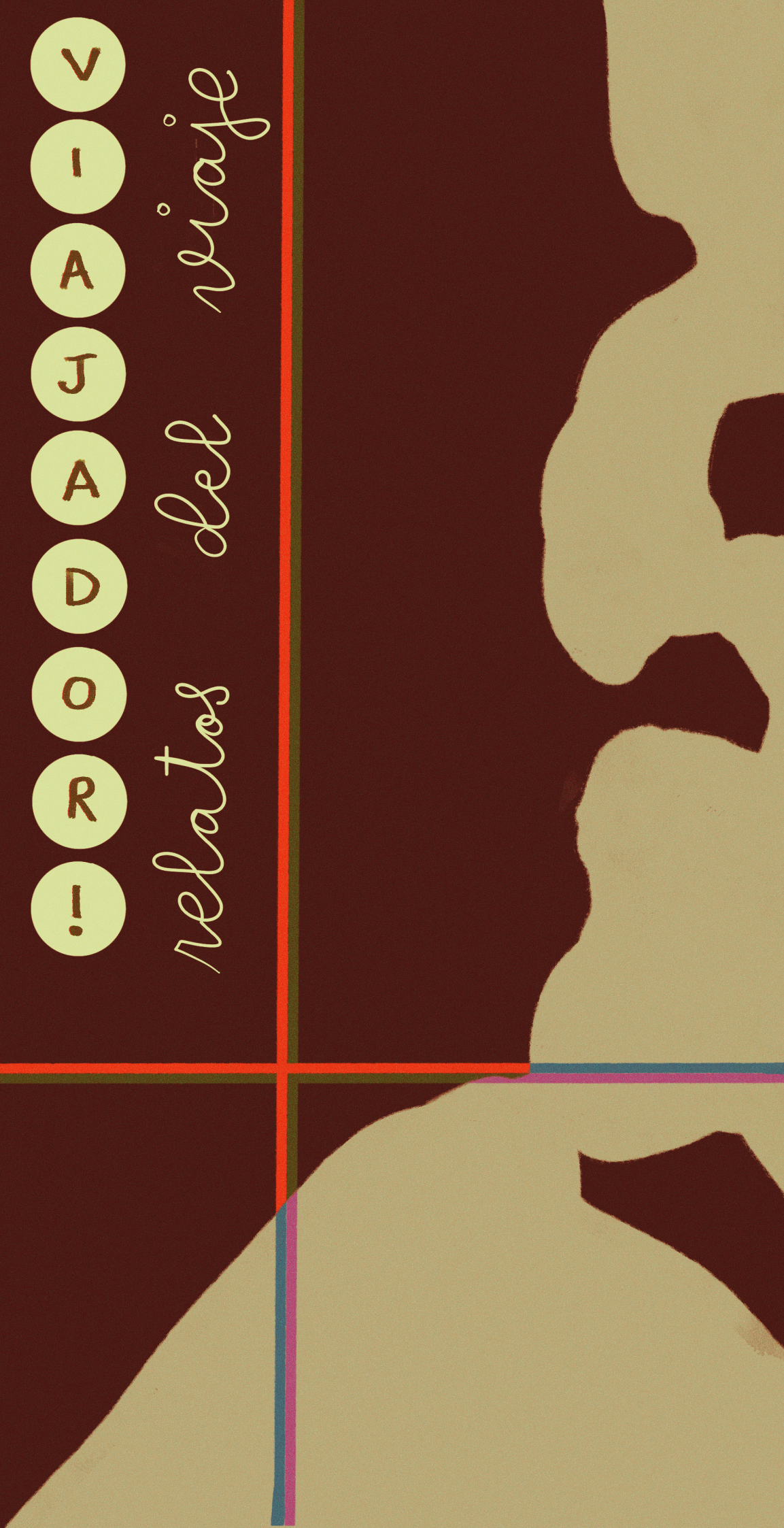


V
I
A
J
E
R
O
,
→

,
A
T
S
I
J
A
I
V

V
I
A
J
A
D
O
R
!

relatos del viaje



Viajero, viajista, viajador!

Viajes ilustrados por Carmen Antón

Este es un recorrido por viajes, caminos y recuerdos de viajeros y viajantes y viajistas. En este camino, el lector se embarca en una travesía por la memoria y las palabras de otros. Tiene la oportunidad de descubrir y visitar el imaginario compartido construido por las ilustraciones que acompañan a los viajeros.

Buen viaje.

Suele decirse que la literatura occidental nace con los dos grandes poemas homéricos: la Ilíada, que narra los últimos días de la guerra de Troya, y la Odisea, que cuenta cómo Ulises, uno de los héroes de esa misma guerra, regresa a su hogar en Ítaca sobreviviendo a innumerables y asombrosas aventuras. Al parecer, ambas obras jugaron un importante papel en la instrucción de los antiguos griegos. Ulises, en particular, habría representado para ellos la conjunción ideal de acción, bravura, intrepidez, por un lado, y de sabiduría, astucia, elocuencia, por el otro. No en vano, goza siempre del favor de Atenea, diosa de la guerra y de la inteligencia.

Tomar a Ulises, un viajero, como ejemplo de vida, supone imaginar la vida como un viaje. Esta metáfora atraviesa la historia de la cultura y llega hasta nuestros días. Nos resulta intuitiva, casi natural. Hasta parece encontrar correspondencias en expresiones cotidianas como “avanzar en la vida” o “¿cómo andas?”. La recurrencia de esta identificación entre viaje y vida la ha elevado a la categoría de tópico literario. Su nombre es *homo viator* (“hombre viajero”), y figura en los apuntes de literatura de muchos estudiantes, junto a otros como *carpe diem* o *tempus fugit*.

Para reconocer el *homo viator* conviene tener en cuenta que puede expresarse con distintos grados de transparencia. En ocasiones la analogía es explícita; se dice a las claras que la vida es un viaje, como en esta copla de Jorge Manrique:

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin error.
Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que, cuando morimos,
descansamos.

Otras veces, en cambio, la idea de la vida como viaje queda implícita. No se dice que la vida sea un viaje, pero se habla de un viaje y se hace más o menos evidente que ese viaje remite a la vida. “Camino a pie en un viaje perpetuo”, escribe Walt Whitman; “Caminante, no hay camino”, dirá Antonio Machado.

Por último, hay obras en las que la metáfora del *homo viator* no aparece de forma explícita ni implícita: más bien, surge en la mirada del lector. Son narraciones de viajes que reflejan aspectos esenciales de la experiencia humana, y eso abre la posibilidad de imaginarlas como alegorías o parábolas referidas a la vida. En este grupo entrarían desde la propia Odisea hasta canciones de Bob Dylan como *Rambler*, *gambler*, pasando por el Quijote o *El señor de los anillos*.

Esta tercera categoría amplía muchísimo el rango de obras en las que rastrear el tópico del *homo viator*, ya que en ella podría caber toda la gran literatura sobre viajes. Pero aun considerando únicamente las dos primeras, la presencia de esta metáfora es abrumadora, no ya en la literatura, sino en la cultura en general. Solo en la música popular los ejemplos son inagotables. Apunto algunos que me vienen a la mente: *Highway to hell*, de AC/DC; el velero llamado *Libertad* de José Luis Perales; *Caminando por la vida*, de Melendi; la carretera solitaria en *All I want*, de Joni Mitchell; *Ride*, de Lana del Rey; *Vagabundear*, *El titiritero* o *Me’n vaig a peu* de Serrat; *On the road again* o *Isis*, otra vez de Bob Dylan; cuando Los Secretos cantan “Es mejor que sigas tu camino, que yo el mío seguiré”; cuando Bad Bunny dice “Sigue tu camino, que sin ti me va mejor”. Seguro que cada cual puede alargar la lista con más referencias.

Pero ¿por qué esta idea se repite tanto? ¿De dónde viene su éxito? Mi impresión es que la metáfora del *homo viator* triunfa porque nos ayuda a entender la vida. Convierte el caos complejo e inabarcable de nuestra experiencia en la imagen concreta y comprensible de un viaje. Permite contemplar la inmediatez del día a día en perspectiva, en relación con el pasado y con el futuro, como un punto del trayecto.

Según la encarnación concreta del tópico, esa visión en perspectiva adquiere sentidos y tonos muy diversos. Puede incidir en la naturaleza transitoria de la vida (como en la citada copla de Manrique), en su fugacidad (Quevedo: “Cada corto momento es paso largo que doy a mi pesar en tal jornada”), en las desdichas vividas (Bécquer: “¿De dónde vengo? El más horrible y áspero de los senderos busca”) o en el misterio de la existencia (Rubén Darío: “¡y no saber adónde vamos, ni de dónde venimos!”).

La versión más original del *homo viator* de cuantas recuerdo la escribió Vicente Huidobro. Es trágica pero vitalista, y suena a golpe de realidad. Supone un giro respecto del enfoque convencional. De noventa grados, concretamente: “la vida es un viaje en paracaídas y no lo que tú quieres creer”.



Homo viator: la vida como viaje
Texto de Luis Antón



Las Visitantes se arremolinan a lo largo y ancho de la banda metálica que se introdujo en el Mar a principios de los años 2000. Es una plancha fría en invierno y caliente que hiere en verano sobre la que ahora, en agosto, se refleja el Sol cegador para gritarles “no os queremos aquí, fueraaaaaa”. Ellas no se dan por aludidas y se visten con ropas adecuadas, ridículas y coloridas, gafas tintadas y pieles a veces enrojecidas, a veces doradas, a veces peladas, a veces saladas. Y me miran expectantes, risueñas, gozosas. Han viajado hasta aquí para esto y yo no puedo hacer más que satisfacerlas, porque en el fondo me gusta que me miren y me quieran y me sonrían y me aplaudan y me recuerden que sigo siendo bonita.

Cuando llega el invierno me vuelvo gris y áspera, las nubes me cubren y yo me enfado y me pongo triste. Pero ahora es verano y el Sol está por ponerse, así que asusto a una manada de gaviotas que descansaban sobre las rocas ensombrecidas y húmedas para que se desplieguen sobre las Visitantes, que empuñan sus teléfonos móviles ante el comienzo de la función. Atraigo los veleros hacia la costa y hago sonar el Mar, que se rompe y recompone espumoso sobre las rocas y la orilla y los bañistas rezagados. Me hago eco de la música que proviene del otro lado del puerto y soplo una suave y agradable brisa. El Sol se despide con un destello verde y las Visitantes aplauden y yo enciendo las farolas poco a poco, invitándolas a marcharse. Exhausta, me quedo a solas un rato en la banda metálica, mientras me esperan al otro lado de la playa.

Qué cansada estoy, pienso. Y me pesan los adoquines y los bancos y los árboles y los perros que me mean las esquinas y las Perennes que no me miran y las Visitantes que me miran mucho, hasta los callejones en donde no quiero que me miren. Y llega una señora que cojea de ambas piernas y que me saluda y me pide permiso para sentarse sobre uno de los bancos. Y a mí me sorprende porque hacía mucho tiempo que nadie me hablaba. La reconozco de cuando ella vestía pantalones cortos y mi aire era más fresco y ligero. De cuando ella jugaba en mis calles empedradas que al caerse magullaban sus rodillas y yo le pedía perdón y ella me daba las gracias. Está más arrugada y chata, encorvada y contenida. Y me siento junto a ella a contemplarme y a recordarnos, como dos amigas que hace muchos años que no se ven. Conversamos y viajamos a un pasado en el que somos las mismas y otras distintas a la vez.

Y se despide porque se muda, no de ciudad si no de universo, y me pregunto cómo será viajar y salir de este universo que soy yo misma. Le regalo una pequeña concha que robo del Mar, porque las personas se regalan cosas cuando se quieren, y me aseguro de que no pase frío hasta que llegue la ambulancia. Me imagino siendo y estando en otro lugar más allá de esta pálida roca y lo pienso con tanta fuerza que creo que se hace real y por un momento desaparezco. Y junto a mí todas ellas, Visitantes y Perennes, animales y árboles, insectos y plantas.

Y me siento más tranquila y libre.

La ciudad visitada
Texto de Javier Robles

Hoy es lunes 25 de febrero de 2025. Estoy escribiendo esto sentada en la cocina mientras Linn hace la cena para las dos. Hoy lasaña de verduras, ella es vegetariana y ahora que paso tanto tiempo con ella, yo también. Son algo más de las seis y media y tengo bastante hambre. Ya me he acostumbrado a cenar tan pronto como se cena en este país, “tiene sentido” y “ahora me gusta más” es lo que le digo a mis padres cada vez que los llamo y me preguntan de forma un poco irónica si he cenado.

Hace un año y medio que me mudé a Estocolmo. Lo que pretendía era mudarme a cualquier ciudad de Europa simplemente para vivir la experiencia de cómo sería vivir fuera de España, fuera de Elche, fuera de lo único que conocía. Creo que hay una gran diferencia entre visitar una ciudad y realmente conocerla. Por desgracia el sistema económico en el que vivimos a día de hoy no nos permite más que aprovechar los pocos momentos libres que tenemos e irnos de viaje un par de días. El problema de esto a mi parecer es que no sirve nada más que para conocer la estética de ese lugar, sus monumentos más destacados, su plato típico y una vaga impresión de la gente. Mudarse a otro país es otra cosa distinta, te das cuenta de lo raros que son todos y lo raro que hacen todo e inevitablemente echas de menos todas las costumbres y todas las formas de hacer todo en tu país. Es broma... bueno no, o sí. Al principio sí. Cuando llegué no tenía ni idea de nada y choqué contra las primeras diferencias, por mínimas que sean, que hacían que España volviera a sonar tan bien en mi cabeza: ¿donde voy si me encuentro mal?, ¿en qué tipo de tienda puedo comprar una escoba si no existen los bazares?, ¿por qué no tienen lavadoras en las casas? ¿me tengo que quitar los zapatos siempre al entrar a casa? ...

El tiempo pasa y encuentras donde venden escobas, te acaba gustando tener que reservar hora para lavar tu ropa, y se te hace raro entrar a una casa con los zapatos puestos. Por suerte no he tenido que ir al hospital aún. Las cosas que te parecían tan raras y distintas se vuelven ordinarias. Te haces amiga de tus compañeras de trabajo, empiezas una rutina, conoces a más gente y sin darte cuenta, tu vida y tus días pasan en otro país y estás feliz. Lo que no cambia es todo aquello que dejas atrás, el constante sentimiento de echar de menos a tu familia y amigos. El precio a pagar supongo. No creo que haya una forma de lidiar con ello, simplemente agradecer que siempre tendrás una casa a la que volver.

Conocer otras costumbres, otra cultura, me ha ayudado a apreciar todo mucho más. Apreciar todo lo que damos por sentado cuando lo tenemos a nuestro lado y no acostumbramos a echarlo de menos. Mudarme a otro país me ha enseñado muchas cosas buenas y sobre todo me ha dado la oportunidad de querer más, a las personas que ya estaban en mi vida y a nuevas personas. No sé qué más se puede pedir en esta vida. La lasaña estaba buenísima, gracias mi amor.





La turistificación valenciana experimenta una transformación en las ciudades que está echando a los vecinos de sus barrios. El derecho a la vivienda, amparado por la Constitución, está siendo secuestrado por los intereses de los grandes capitales y fondos de inversión extranjeros. Bajo la excusa de que el turismo genera gran parte de nuestro PIB, las clases políticas y las élites financieras nos han llevado a la precariedad más absoluta y al éxodo forzado de familias a periferias y ‘ciudades dormitorio’. Los grandes tenedores de vivienda han hecho de sus propiedades una especulación en la que los vecinos no cabemos. Es evidente que no entienden de arraigo ni justicia social.

En los barrios tradicionales de València, como es el Cabanyal, los fondos buitres se han hecho con edificios enteros y los han alquilado a precios abusivos para desalojar a sus inquilinos, y recibir a turistas de temporada. Bajo el amparo del libre mercado capitalista, sus acciones están excusadas. “Falta vivienda”, “los precios son caros porque los propietarios tienen miedo de que les okupen”; son algunas de las mentiras que han repetido los medios de comunicación desde hace años para que el foco esté apartado de los especuladores.

Por otra parte, el bipartidismo, tan fan de las puertas giratorias, no piensa establecer políticas que beneficien a sus ciudadanos. Porque limitar los alquileres de temporada, bajar por ley los precios e intervenir el mercado de la vivienda sería hacer perder muchos millones a los inversores. Señora ministra Isabel Rodríguez, ¿a qué inmobiliaria está pensando incorporarse cuando acabe su mandato? El problema, que intentan achacar a la falta de oferta habitacional, es fruto de una política consciente de desregulación y cesión del espacio urbano al gran capital especulativo. La administración central y las autonómicas son cómplices de este expolio. Que no nos engañen, no hace falta construir, hace falta expropiar las más de 100.000 viviendas vacías especulativas que hay en el País Valencià.

Las multinacionales como Airbnb son la punta de lanza que ha dismantelado a comunidades enteras y transformado los barrios en parques temáticos para turistas. Las viviendas, en lugar de albergar familias, son

activos financieros para los grandes tenedores. Han hecho de una de las cosas más bellas del mundo que es viajar, la ruina de los ciudadanos locales.

No sólo las casas, también los negocios son reemplazados por franquicias atractivas para los turistas. Dónde antes estaba el mítico ‘Bar Naval’ del Cabanyal, ahora hay un ‘Big Pizza’. Nuestras calles pierden su identidad y la cultura local pasa a ser una caricatura para el consumo extranjero. El País Valencià vive una profunda crisis identitaria que no puede ser agravada por los turistas. Viajar es una de las cosas más bellas del mundo, pero no podemos permitir que se construya alrededor de este privilegio una industria que ahoga a las sociedades locales.

Ante esta ofensiva neoliberal que vulnera nuestros derechos con la aceptación de las instituciones, la respuesta social debe ser combativa y revolucionaria. Plataformas como ‘València no està en venda’ hacen que la esperanza sea lo último que perdamos, incluso después de nuestras casas.

El País Valencià se encuentra en una encrucijada histórica. O bien nos resignamos a convertirnos en un territorio despojado de su gente, reducido a un gran Marina d’Or explotado por élites financieras, o bien exigimos que la vivienda vuelva a ser un derecho y no un privilegio. El camino que debemos tomar es el de la movilización vecinal, rebeldía y resistencia activa frente a uno de los mayores cánceres capitalistas que afronta la clase obrera.

Valencians en peu alcem-se!

Isabel Rodríguez, en las inmobiliarias buscan a gente como tú

Texto de Alejandro Rodríguez



Mi madre es agente de viajes y, según ella, los lunes son días de mucho trabajo porque la gente se ilusiona durante el fin de semana y llegan los lunes dispuestos a viajar. La gran mayoría de las veces la visita se queda en unas cuantas preguntas, aunque puede sonar la flauta. El lunes discurre entre las ilusiones que acumulan unos; algunos que llaman con exigencias, quejándose injusticias de los retrasos o del mal trato del personal; y otros, que llegaron ayer, aparecen en la oficina para mostrarle toda su galería de fotos y algunos incluso le traen algún souvenir.

Tengo una idea un tanto romántica del trabajo de mi madre. Siento que ella es agente de viajes, pero podría ser escritora de novelas de no-ficción. Veo algo encantador en el lío de perder las pertenencias, en las sensaciones de los trayectos y en el enamoramiento o la decepción del destino. Me gusta escuchar lo que dicen los clientes desde la boca de mi madre para saber lo que ella opina, cómo resuelve, cómo se expresa. Viajar me recuerda a mi madre.

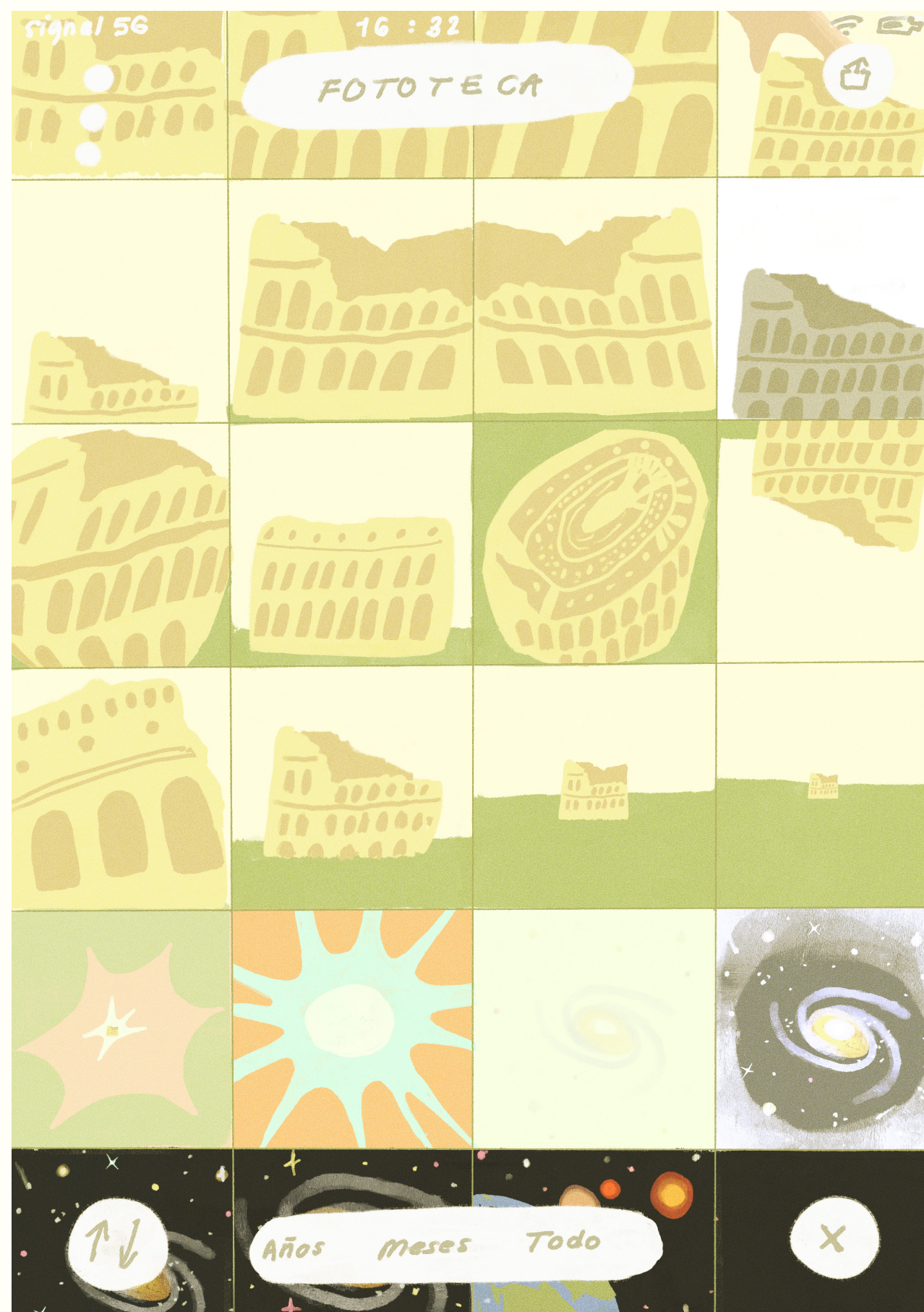
Me gusta tanto lo que me cuenta porque el viaje es algo mucho más trascendental de lo que se supone que significa que 'yo' me mueva a otro lugar; es un trayecto mental. Hace una semana me imaginaba cómo lloraba mi padre cuando, después de 25 años viviendo en Europa, pudo al fin contemplar el verdadero 'Templo de Maradona' y, como unos cuantos desconocidos se convertían en 'fratellos' en cuestión de minutos de diálogo. Yo no estuve ahí, pero también quise llorar.

No alucinaba porque adore a Maradona, pero las personas tienen sueños cuando viajan (sueños, pensados como un gran privilegio voluntario que es capaz de cumplirse, a veces de forma caprichosa) Esos sueños se resuelven cuando llegamos al destino. Mi padre viajaba siempre a Nápoles y un día resolvió su sueño al conocer esa parte de él retratada en toda una ciudad.

Yo siempre viajo donde me gusta estar, y a veces llego físicamente. Sigo atada al romanticismo de viajar; pero llevo 11 años sin pisar la pampa argentina y allí vive la otra gran parte de mí; mi identidad más arraigada al folclore, a la cercanía terrenal, a la conversación plena y a la pausa. Todo lo tuve allí cuando estuve, si no viajo a través de mi mente olvidaría el deseo de volver. Viajar también me recuerda a mi padre. Mi familia, mis amistades, los clientes, los desconocidos; si ellos se desplazan me harán viajar. Deseo saber por dónde anduvieron, a qué reaccionaron, qué comieron y cómo regresaron. Me encantará saber si me recomiendan el espacio y el tiempo para moverme (aunque pueda darse que nunca aparezca por allí); si se acordaron de mí, de alguien, o pensaron en nadie; admiraré todo lo que digan, incluso si ese sitio no tiene nada de lo que hablar.

Por mi parte, si yo me desplazo mi viaje seguirá de manera líquida en alguna parte de mi mente, bloqueado y esperando a mi regreso. No puedo viajar cuando me desplazo; en esemomento estoy cumpliendo (o no) un sueño; a partir de este todas las palabras que broten de mí me servirán para seguir viajando una vez vuelva a casa. Me gusta estar presente en los lugares donde están las personas. Puedo ir a cualquier parte durante el día, porque tengo un gran bagaje del viaje de los demás; puedo ir a cualquier parte durante la noche, porque me encargo de recordar los lugares donde deseo estar presente y de quienes me hacen viajar. En esta versión tan romántica de lo que supone viajar solo diré que se lo debo a los grandes oradores argentinos y las grandísimas agentes de viaje.

Sobre las personas, los viajes y el romanticismo de quienes me hacen viajar
Texto de Lucía de Bunder



Cada pocos días, mi móvil me avisa de que me falta espacio. Esto me pasa porque, cuando viajo, no quiero dejarle el trabajo del recuerdo a mi memoria. En Roma, quise capturar no solo cada ángulo del Coliseo por fuera, sino también las olas que formaba el río y el ruido que hacían cuando chocaban contra la isla en la que nos comimos un bocadillo. Quise capturar el vino que nos tomamos Carmen y yo, y las burbujas que intentaban salir de la copa y explotaban antes de conseguirlo. Quise guardar en mi galería un rayo difuso de luz que se coló por la puerta de una de las mil iglesias a las que entramos. Quise tanto, en tan poco tiempo, que ahora me están demandando que lo borre.

En su obra “Photo Opportunities”, Corinne Vionnet recoge miles de fotografías de lugares turísticos tomadas por viajeros y las superpone en un solo lienzo, formando una interpretación propia de sitios tan simbólicos como las pirámides de Guiza o el monte Fuji. Viajamos, vemos un monumento, y le hacemos una foto que quedará condenada al sótano de nuestro álbum de fotos virtual. Quizá no volvamos a verla jamás, o únicamente la desempolvamos en momentos de incurable nostalgia. En un intento de conseguir un souvenir aparentemente único, nos hemos limitado a documentar compulsivamente una imagen que ya hemos visto en incontables revistas, películas, y posts: ¿vemos realmente lo que tenemos delante o solo lo que queremos capturar?

Recuerdo una conversación con mi abuelo en la que me contaba la primera vez que viajó a la ciudad eterna. Los turistas se apiñaban en frente de la Fontana di Trevi con un mismo objetivo: buscaban el ángulo y el instante perfectos para llevarse a casa un

pedacito de aquella postal. Mi abuelo, aún midiendo un metro noventa y teniendo una vista privilegiada por encima de una marea de cabezas, me dijo con ironía: “la verdad es que prefiero las fotos de la National Geographic”. En nuestro mundo hiperreal, la Fontana no es solo una fuente; es “esa foto” que todos conocemos. El monte Fuji no es una montaña milenaria; es un fondo para selfies. Las pirámides de Guiza son un escenario.

En nuestra búsqueda constante por replicar imágenes perfectas que ya hemos visto antes, nos rendimos a los pies de nuestra obsesión por lo que creemos único, y terminamos replicando lo mismo una y otra vez. Pero detrás de esta compulsión fotográfica se esconde algo mucho más profundo e inherente al ser humano: el miedo a olvidar. Al hacer una foto, creemos apresar algo eterno, un instante perfecto que podemos poseer y que revisitaremos en el futuro. Es un acto casi mágico, un conjuro contra la transitoriedad de la vida. Sin embargo, en nuestra persecución de la foto perfecta, corremos el riesgo de diluir lo verdaderamente significativo.

En noviembre viajé a Dublín, y sería difícil adivinarlo a juzgar por las fotos que guardo en mi móvil. Quizás la clave para no perdernos a través de la lente esté en ser más selectivos, en apuntar nuestro objetivo hacia lo irreplicable: un partido de fútbol gaélico un domingo por la mañana, el saludo de dos leones marinos a los pies de un acantilado, la espuma de una cerveza que se disuelve despacio. Puede que el mayor encanto del viaje resida precisamente en su singularidad, en momentos huidizos que, paradójicamente, permanecen más vivos en nuestra memoria.

A veces tengo la sensación de que la cómoda de mi salón es una especie de refugio de los recuerdos para mis padres. En el lado izquierdo de este armario hay una puerta pequeña que da a un cajón lleno de álbumes que recogen cada instante en el que mi hermana y yo hemos sido felices en algún otro lugar, fuera de nuestra ciudad natal.

Así es, mis padres se han pasado toda mi infancia capturando cada pose en cada monumento de cada ciudad que hemos visitado. De verdad, no exagero, era tal la cantidad de fotografías que mi madre disparaba que, rápidamente, adquirió el mote de “dedo gatillo”. Lo curioso de todo es que a ella le daba igual que la imagen estuviera borrosa o con poca luz porque a mi madre lo que le importaba era recordar ese preciso momento, poder enmarcar a su hija pequeña en un libro que visitar cuando yo me hiciera mayor y fuese un poco más distante.

De cualquier modo, viajar siempre ha sido una manera de conocer mejor a mi familia. Y aunque yo no tenga fotos de mis padres, lo que sí tengo son pequeñas composiciones abstractas en mi cabeza de ellos, de momentos en los que pensé que mi padre era el mejor cómico del mundo o del frenetismo y las ganas de aventuras que mi madre tenía guardadas en su maleta llena de companaje.

Me gustaría tener mi propio cajón de los recuerdos. Me pregunto cómo sería enseñarles a mis padres los momentos que para mí fueron

importantes. No estoy segura de que mis padres sean conscientes de que mi felicidad existía por ellos, esa misma felicidad que a “dedo gatillo” le apasionaba capturar.

Es una pena que desde hace unos años no lleguen nuevos recuerdos por mi cabezonería de convencerme de que soy lo suficientemente “mayor” como para seguir conociendo a mi familia de esa manera tan genuina y especial. Un pensamiento que, como un tren me arrastra lejos del que por mucho tiempo fue mi viaje favorito, mis padres. Y sí, ahora conozco a nuevas personas y ahora sí tengo fotografías de estos nuevos trayectos, pero no puedo dejar de escuchar esa vocecilla que me pregunta por qué no soy capaz de seguir siendo esa niña que mira sonriente a cámara.

No hay nada que pueda hacer para frenar este distanciamiento o, mejor dicho, no he encontrado la manera de frenarlo. Quién sabe, quizás deje que este tren me siga llevando a la lejanía inevitable, a conocer a nuevas personas, a tener nuevos viajes. O puede que por fin consiga elegir mis paradas y busque a mis padres como cuando me perdía en algún museo de alguna de esas tantas ciudades.

Hasta entonces me seguiré preguntando si mis padres, ahora que no viajamos juntos, siguen creando nuevas imágenes de mí aunque no sea con una cámara, aunque no sea tan sonriente, aunque no crezca el cajón de los recuerdos.





Es domingo y estoy en casa de mis padres, solo por unos días. Cenán en el salón-comedor y yo aprovecho y me asomo con cautela al resto de estancias para comprobar que nada ha cambiado en ellas en este tiempo en el que he estado fuera.

En la habitación de mis padres todo parece en orden. Los cuadros a medio pintar de mi madre se amontonan en las esquinas, y sus figuras de barro sobre las estanterías. La colcha de su cama sigue siendo la misma, también las almohadas. Me tumbo y el olor es el mismo, y el ventilador colgado sobre el techo, y la mesilla de mi padre, sobre la que hay varios euros, un viejo móvil y una foto.

Es una foto familiar, en ella aparecen dos hombres, una mujer y dos niños frente a lo que parece la fachada de una casa de piedra. Hay nieve y hace frío y visten ropas abrigadas y gorros que cubren parte de sus rostros. La foto ha perdido brillo y viveza. Creo que somos nosotros, pero podrían ser otros.

Agudizo la mirada y nos reconozco entre el mar de píxeles de colores y ahora estoy en un coche. Es un laguna blanco, con un par de rasguños y tapacubos nuevos, relucientes, yo los he elegido el día anterior en el centro comercial a las afueras de la ciudad. Estoy sentado en la parte trasera sobre las rodillas de mi madre. Mi abuelo juega con mi hermano a quitarle piojos y mi abuela mira en silencio el paisaje mientras mi padre conduce.

El viaje ya se nos hace largo y vamos por Murcia. Empieza a llover y juego con mi hermano a las carreras. Las gotas de lluvia se pierden en la oscuridad de la ventanilla. Voy ganando diecisiete a dieciséis cuando paramos a comer en un bar de carretera algo decadente a la altura de Riópar.

Los cuchillos y las navajas me dan miedo, las cabezas disecadas de animales me dan pena. También hay embutidos y estanterías giratorias con botes de patatas fritas, cedés, revistas y películas. Pedimos conejo al ajillo y mi madre se enfada porque tardan en servirnos y la tele está muy alta, mi padre intenta calmarla. Mi abuelo canta por el vino y mi abuela ríe incómoda, mi hermano me despeina y me hace cosquillas, y yo solo quiero comerme la comida en paz.

De nuevo en el coche es de noche y en las ventanas ya solo queda oscuridad. Todos duermen salvo mi padre que conduce, y yo, que le cuido y le mantengo despierto. Fuera parece que el mundo no existe, que hemos llegado al final del mapa que guardamos en el salpicadero. Que nos hemos desviado y hemos acabado perdidos por el universo y que si de nuevo aparece una luz será porque hemos llegado a otro diferente. Y lo pienso muy fuerte y espero que este nuevo universo sea igual, con mis padres, mis abuelos y mi hermano, pero un poco distinto.

Pasado el Tranco, se intuyen las luces de un pequeño pueblo de montaña que en la noche parece un belén en miniatura. Sin saber si seguimos en el mismo universo o si se ha cumplido mi deseo, dormimos bien calientes cerca de la chimenea.

Mi hermano grita: “¡nieveeeeeeeee!” y todos salimos corriendo de la casa. Ya es de día y es la primera vez que veo la nieve. Mi abuelo anda con cuidado de no resbalar, sigue con las zapatillas de estar por casa, sin calcetines. Mi abuela con un batín azul algo desgastado. A mi los pies se me empapan y las manos se me congelan al hacer una bola de nieve que lanzo a mi hermano. Él hace una bola todavía más grande mientras mi padre trata de detenernos y mi madre saca una foto.

Caminaba despacio pero con paso firme, poniendo un pie delante del otro. Grandes rocas con huecos y surcos blanquecinos, líquenes, enmohecidos, húmedos. Imaginé restos de polvo blanco, del que tú te ponías en las manos cuando subías las paredes de rocas.

Te busqué en el viento helado de todas las cimas que subí. Los ríos, con agua de glaciár, fresca, congelada y cristalina. Miré debajo de los arbustos y de los nidos de los pájaros. Había momentos en los que me era imposible avanzar, sentía el corazón en la garganta y la boca me sabía a hierro.

Había águilas en el cielo. Quizás fueran buitres, siempre me confundo, eres tú quien me corrige. Las montañas y los glaciares eran violetas, desaparecen con el sol, se acaba el día, se van a dormir y en lo alto de una de ellas había una luz parpadeando, se encendía y se apagaba. Luego se quedó encendida mucho tiempo y nos retamos a ver quién aguantaba más tiempo despierta. Me ganaste.

Escuché un ruido, distante, lejano, gutural. Lo volví a escuchar después de que aparecieran algunas estrellas y la luna se hiciera un poco más pequeña. Me dió mucho miedo, me sentí pequeña y ligera y vulnerable. Mis párpados pesan mucho y el sonido se difumina.

Cuando volví a abrir los ojos el cielo era de color blanco con algunos puntos azules. Las estrellas me ciegan pequeñas, grandes, de colores, todas arrejuntadas en una manta de muchos brillantes. Tantas luces y solo yo y las marmotas y los sarrios de espectadores. Tantas luces y no quería, pero cerré los ojos.

El sol empezó a pintar el horizonte de naranja. Me hice una taza de café en tu infiernillo, el que está roto, con miedo, como siempre, a que se rompa y explote y me queme la cara. Me sigue sin gustar el café, pero tu te lo traías a las cimas. Es momento de

empezar a andar. Volví a poner un pie delante del otro, muchas veces, muchas horas. Cada vez más alta, entraba menos aire en mis pulmones, aunque hiciera mucha fuerza por respirar. Mis zancadas eran largas y fuertes, escalando, saltando la montaña. Había una pared delante de mí. Me corté la rodilla justo encima de una cicatriz y salió mucha sangre, sangre a montones. Deje parte de mí por el suelo y pensé que en alguna parte, de alguna otra roca, habría sangre también tuya. Ojalá ser sabueso y rastrear te y encontrarte, pero no puedo.

Los rayos del mediodía bañaban el valle entero, muy agresivos, muy fuertes. Desde aquí arriba se ven todas las cimas de las montañas, sus faldas, sus ríos y árboles. Los bordes y siluetas de las cosas se ven más claros, a ti parece que te veo mejor también. Estoy más cerca. Y doy saltos y zancadas y me arrastro y llego a lo más alto y el viento fuerte y frío en la cara me señala que por mi cara caen dos lágrimas.

Estoy ahora en una habitación algo pequeña, algo oscura, muy antigua, en alguna ciudad en la que hace mucho sol, con edificios bonitos y gente amable. Llevo años aquí, muchos coches, paseos de noche y música en los bares. Quizás tengo un perro, quizás tengo un amante, quizás sea el de siempre. Viven en mi casa, la de la habitación pequeña y oscura y antigua. Te echo en falta, aunque no estés lejos pero no tan cerca. Cuando lloro, cuando quiero que estés, cierro los ojos e intento imaginar que estás haciendo. Pero no puedo. Solo te veo en las montañas. Peregrinaré religiosamente para encontrarte.

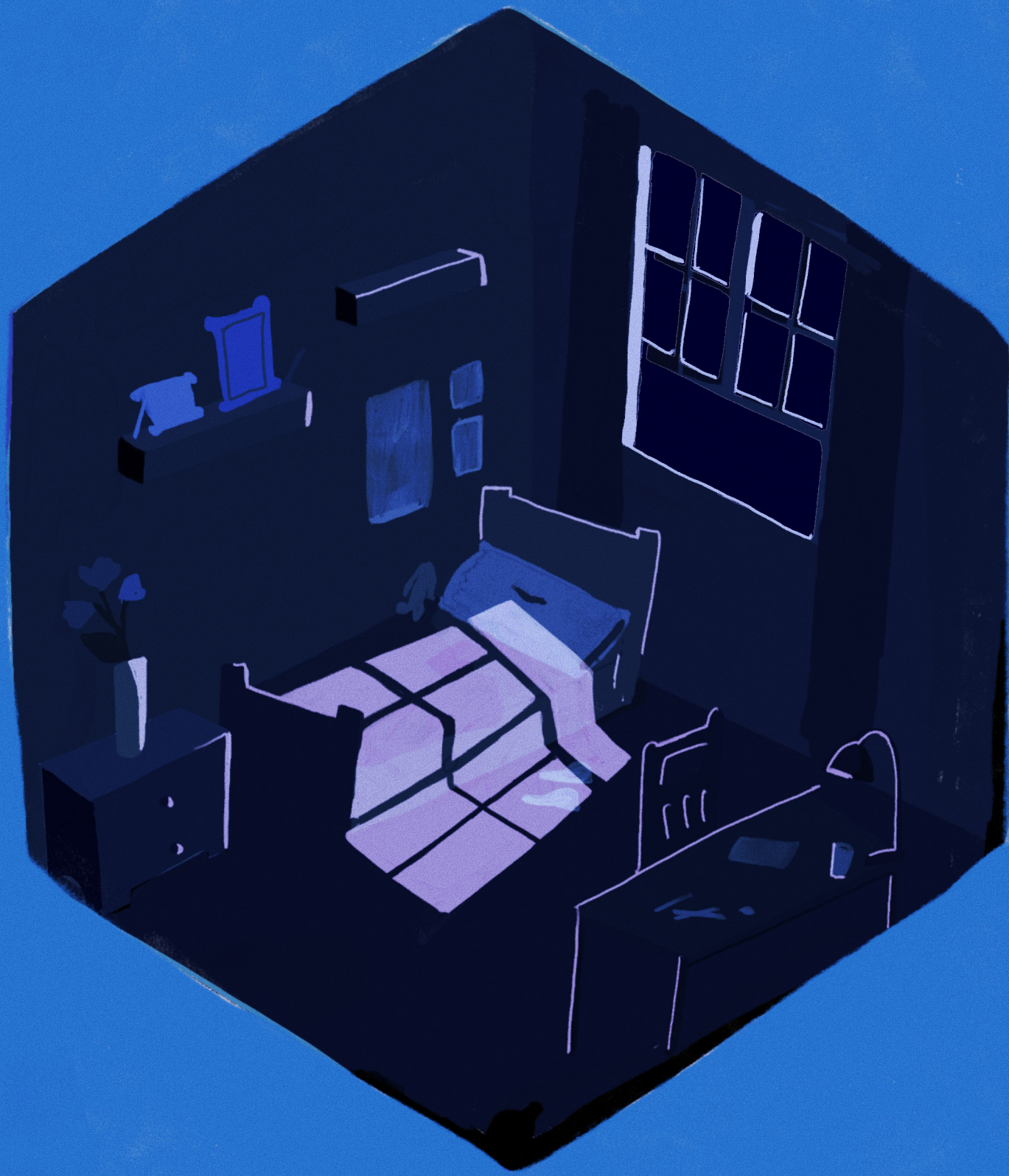
Un zorro, un ciervo, una marmota. Flores de manzanilla, zarzamoras y grosellas. Cascadas grandes y pequeñas en prados y rocas afiladas. Te vi en el cielo y en el río y en los lagos y en las montañas y en los animales y las estrellas y las nubes y el hielo.

Pienso en cuando te vayas, cuando ya no te pueda volver a ver, si te encontraré en las montañas. A lo mejor te conviertes en una.

Montañas

Texto de Carmen Antón





Siento que mi vida está hecha de despedidas y de bienvenidas. Pero las despedidas se han hecho tan comunes... Siento que mi corazón está dividido entre dos lugares, dos vidas y que mi corazón cuando está en una, sea por el tiempo que sea, esa parte de mi corazón está retardada, arrastrada por un bus que me lleva de las montañas a la costa, de una familia a otra. Esa parte, en el camino, siempre intenta quedarse atrás, de donde acaba de salir. Me tira y me llama y me aprieta, me calienta y me oprime el pecho. Y así son las despedidas siempre, llenas de lágrimas sea cual sea el destino, lamentando la vida y las personas que dejó a un lado u otro.

Pero entonces llego, y conmigo las bienvenidas. El lado de mi corazón que se ha quedado retardado

decide dejar el esfuerzo de tratar de volver. Y me recibe mi otra mitad y me recuerda lo mucho que quiere estar ahí, siempre me agradece que vuelva. Me acogen el resto de corazones que habitan estos espacios en los que vivo simultáneamente.

Temo que nunca voy a dejar de llorar en las despedidas, sea lo rápido que sea el viaje y la espera, pero también me queda la esperanza de que nunca voy a dejar de sentirme bienvenida allá donde vaya. Prefiero que sea así, nunca deseo que mi corazón se encuentre únicamente en un lugar, prefiero que se divida en todos los pedazos necesarios, y que cada lugar y cada persona que ame, conserve uno, que esas partes de mi corazón nunca me dejen olvidar lo que he vivido.



Diseño: Carmen Antón

Ilustraciones: Carmen Antón

Agradecimientos:

Luis Antón
Javier Robles
Nuria Marín
Alejandro Rodríguez
Lucía de Bunder
Neus Serrano
Elia Sempere
Lena Pina

Viajero, viajista, viajador!

2025

Gracias a aquellos que me han regalado sus recuerdos e historias.
Poder dibujarlos me ha embarcado en un viaje singular y emocionante.

